

Diario de Patmos

Lorand Gaspar

Ve, toma el libro abierto en las manos del ángel que está suspendido entre el mar y la tierra...

Tómalo, y devóralo, amargará tu vientre, pero en tu boca será dulce como la miel¹.

¡Qué formidable dulzor en esta llegada hoy a Patmos, al alba, con un mar completamente en calma! La barca se desliza sobre el gris que ya comienza, aquí y allá, a cobrar un resplandor más claro; el mar, una extensa serosidad viva que en silencio va separando la quilla. En la llaga voluptuosamente abierta, los relámpagos de oro de la carne. Después del último cabo sombrío recortado, sobre la alta loma desnuda detrás del «Profeta Elías», el primer puñado de luz brotando en tierra: Khora. Desnudo de sueño, un almendro en flor.

Y recuerdo otra llegada a Patmos, hace años. Erramos durante dos días y dos noches en la tempestad, entre las Cícladas y el Dodecaneso, en ese famoso pasillo en el que el viento del norte, el Meltemi, se desencadena: es el viento del fin del mundo, el abismo se abría cada vez que la barca, elevada a una altura que parecía vertiginosa, era aspirada bruscamente por la cresta de una ola sin fondo. Más tarde, en el corazón de la tercera noche, ese desgarró en la oscura confusión de agua y aire: las luces de una isla. El incoercible aullido de las Erinias cesó de pronto y el mar se recostó a nuestros pies.

Durante una media hora, el milagro tranquilo del mundo establecido en el umbral del hombre.

Hay pepitas rojas, ocres, azules, en los cabellos de las Kores. Escucho aún su risa solar que danza en la mañana, sobre el mar, mientras que el rostro se ofrece con un perfecto dulzor al tiempo que devora mi mirada.

Desde la cantera de mármol, con los últimos rayos, un hombre sube, dorado de polvo y de crepúsculo, agotado.

¿Estas migajas de música, caídas desde aquella mesa en medio de los perros que se muerden?

¹ *Fragmento del Libro del Apocalipsis, de San Juan.*

En Patmos –donde la tradición quiso que san Juan tuviera las visiones del *Apocalipsis*– en una tarde en que el viento del norte bruscamente levantado arrastra las grandes nubes rojas del atardecer, la tierra desnuda irradia un calor confiado. En este momento preciso nada quiere destruir el mundo, ningún hombre, ningún dios, el «Reino» está mezclado con los ruidos, con los más simples movimientos. Y el tiempo terrible se consume y nos consume. No queda más que esta luz: la parte más ilegible de la noche.

Las barcas del pequeño puerto izadas al muelle: se raspan, se calafatean, se repintan. Las largas redes oscuras extendidas sobre el malecón: las mallas de la luz sobre el fondo de guijarros de la bahía. Un pescador maneja con habilidad la gran aguja de remendar. Un poco más allá tres hombres se concentran sobre las entrañas de un diésel: arúspices.

Mira a Spiros, el albañil, construir un muro de piedra seca. Entre los montones de grava el ojo y la mano pican la pieza que se engarza exactamente en el hueco. Esta piedra cualquiera, piedra del azar, cepillada, indecisa, se convierte bruscamente en evidencia.

Katina, Calliopi, Despina, Eftichia. Mujeres de pescadores, mis vecinas. A los hombres no los veo sino sobre sus barcas, o al anochecer en la taberna. Pienso en las mujeres de Simón y de Andrés, de Santiago, hijo de Zebedeo, de Juan, su hermano, de las que los Evangelios no dicen nada.

Ellas se levantan antes que los hombres, en plena noche, para preparar la primera comida del día. Apenas las barcas han dejado el puerto, se despiertan los viejos. Después, los niños, la casa, la colada, la cocina. Cada una de ellas sufre algún mal más o menos secreto, que vienen a confiarme, trayéndome un huevo fresco, un pescado. Pero no saben de qué padecen en verdad. Al atardecer la casa brilla, la colada limpia huele bien en el armario, los niños corretean todavía en el puerto, y los hombres se encuentran en el café o en la taberna.

A comienzos de junio, el escuálido trigo que empuja entre las piedras está ya cosechado, atado, el grano reunido alrededor de los cultivos. Se trilla con un trineo lastrado por el campesino que anima a grandes gritos de «hu», «uah», al asno o a la mula que gira. No se procedía de otra forma en el tiempo de Isaías de Judea. Terminada esta operación los hombres aventan, con las horquillas, los paquetes de trigo amontonados hacia el cielo, dejando al viento y al peso el cuidado del reparto. El lugar se convierte entonces en una fuente de luz encarnada de donde surgen, por sacudidas, nubes de oro oscuro. Bizancio rústico. Nuestro pan, esa parte que pesa.

¿Qué pasa, qué ocurre, entre la parte que cae y la parte que vuela? ¿Entre lo que penetra en la boca del hombre y lo que sale de ella?

Atenas. Acrópolis.

Clac, clic, Kodak estaba ahí. No se ve más que gente que posa ante las columnas, o gente que enfoca en cuclillas o acostada. Los muslos, los ombligos que quieras, aquí los tienes. Cada veinte metros hay un guía que recita su perorata en inglés, en alemán, en francés. Los dioses están en el museo. Esa esfinge con los cabellos trenzados, con los ojos golosos, por ejemplo. Él (¿ella?) tiene el aire de saber. ¿Qué? El ruido es tal y el aburrimiento tan constante sobre las caras que no dirá nada. No se caerá, no se abalanzará sobre nadie. He aquí al joven pastor que lleva un ternero sobre la espalda. Con ligereza, con el aire dichoso, parece salir desde el tronco de un árbol para ir al encuentro de una mañana del mundo.

Mañana sobre una orilla desierta. Los saltos que hace el día en la transparencia de las aguas verdes. Chasquidos luminosos de altas cañas secas, quebradas en el fuego que prende imperceptible sobre el mar. El mundo quiere jugar, cantar, extenderse. Hender el aire, girar alrededor del timón en un movimiento continuo. Balbuceos de felicidad y, enseguida, los gritos de los pastores sobre las pendientes. ¡Cómo nos eleva la luz! Llama blanca, en todo lo alto, en la herrumbre de los acantilados: una capilla o una gaviota. Mediodía. Abajo el mar, parpadeante y oscuro a fuerza de luz. Torbellino paciente.

¿Y quién escucha? ¿Y quién oye? Me hablas de un fuego, de un torrente intratable y yo no percibo más que murmullos y sonidos anudados en enigmas. ¡Muéstrame en pleno día a la bestia que te atormenta, a la que te arrebató!

Yo no tengo nada más que este susurro de la arena en donde se quiebra la palabra. Nada más que las palmas desnudas de los guijarros. Nada más que ese viento que ha arrastrado sus vestidos sobre piedras ciegas, sobre las hierbas de un jardín, sobre el hedor de una carroña. Imita a tu tribunal y rocía con petróleo el canto y la carne repudiados. ¡Da todo de ti mismo para ese gran fuego!

El camino en zig-zag que recorre la costa al sudeste de Skala está excavado en el flanco de altos acantilados que descienden hostiles hasta el mar. En el crepúsculo, volviendo la espalda al sol poniente, me gusta caminar a la sombra madura del granito, hacia el cielo de oriente que

oscurece. De pronto, detrás de una masa oscura se enciende, en una vuelta del camino, el seno izquierdo de una capilla. Su blancura irradia, pudor inquieto en lo bronco, en lo rudo. Mientras que lentamente se consume, se agota, mientras los pies tropiezan y la lengua balbucea, esta agua tan limpia, tan próxima y tan incomprensible, en el rostro que avanza hacia la noche.

Sobre este dique que no detiene ni la tempestad ni la marea de la indiferencia, sobre este rompeolas del que han desertado los curas y los filósofos, un pescador reacomoda su red y canturrea.

En Patmos, como en cualquier lugar donde ha existido una tradición de arquitectura popular, la tristeza, la monotonía, la indolencia agresiva de las casas nuevas, construidas por los griegos que se han enriquecido en América, y por aquellos a los que el turismo comienza a cebar.

Frente a la simplicidad inmediata de las viejas casas, ritmadas por el crecimiento orgánico de los elementos básicos según las necesidades de la familia, surgen las falsas columnas, las florituras. El patio íntimo ha sido reemplazado por el balcón sobre la calle, lo imprevisto de los volúmenes, las soluciones arquitecturales, se cambian por el anonimato y la repetición del *prêt-à-porter*. Escatología a nuestra medida.

Amorgos. Monasterio de la Panaghia.

Grito blanco en la caída oscura de un acantilado. Desnudez ardiente, orante. En el azul absoluto, el empecinamiento de un puñado de cal. Con la noche crecida un viento negro nos rescata. Abajo el mar se endurece bajo la trepidación de las estrellas.

Despertar a las tres de la madrugada. Oficios. En la ventana minúscula Orión está más cerca que el mar. El abad es un viejísimo monje que salmodia al resplandor de una sola bujía. Dos largas horas de recitación monótona entrecortada por cantos tan poco meliosos como es posible: una voz despojada se aleja sobre las aguas. De tanto en tanto el oficiante derrama incienso sobre los iconos, un asiento vacío. El corte en la ventana acecha ávidamente la primera claridad, como si el alba pudiera liberarnos de un desigual combate.

En el instante anterior a ese en que la isla se vuelve negra en la noche, toda luz se refugia en los muros.

Escribir un poema es, cada vez, volver a aprender a hablar.